

perfidial de una estátua perfecta, que nada sin embargo tiene de humano, sinó las líneas exteriores.

En esa pintura del Eden civilizado falta la vida; en ese globo aereostático de la civilizacion, que atraviesa magestuosamente el éter, falta el hidrógeno: en ese convoy magnífico, que conduce la sociedad por un camino de hierro, falta el carbon de piedra, y el penacho de humo de la locomotora; falta el impulso; falta la resistencia. Y sin resistencia y sin impulso, yo no concibo el movimiento, Señores; y la resistencia y el impulso son en la vida humana la lucha, el combate, el temor, el peligro, la esperanza!.... Y para todo esto, la necesidad, el dolor, la fatiga, el combate, el sudor de la frente que se encorva para el trabajo, el hervor del cerebro que batalla con el pensamiento; el jadear del pecho con el esfuerzo duro de la palanca ó del martillo, y el palpitante del corazón, entre la esperanza de un resultado feliz, y el miedo de un desengaño ó de una ruina.

Y entónces, Señores, por último, vueltos mis ojos á consideraciones más graves, y mi imaginacion á regiones de más alta belleza, comprendí cuánta vanidad, cuánta ilusion, cuánto error se encierra en ese mal entendido progreso del placer; cuánta esterilidad y mentira en esa pretendida poesía del ocio; y de cuánta mayor grandeza, y de cuánta más noble y más poética hermosura aparece revestido ese triste espectáculo, esa deplorable condicion, esa infeliz y desventurada, prosáica y desastrosa empresa, que se llama *ganar la vida*; esa fatigosa condicion, que se llama el trabajo, ese heroísmo de todos los dias y de todas las noches, que se llama dolor y cansancio; y sin el cual, sin embargo, ni habría un esfuerzo noble ni útil en la humanidad, ni un instante de

placer sobre la tierra, ni un solo deséu, ni un solo goce de los que la especie humana privilegiadamente saboréa.

No habría lucha, ni combate, ni esfuerzo; y sin esfuerzo, ni lucha, ni combate, no se desenvolverían en el hombre esas facultades prodigiosas, esas gigantescas fuerzas, que á veces hacen dudar de si es la raza de los mortales, como dijo un Poeta, un ángel desterrado, que se acuerda de los cielos; esos descubrimientos portentosos en el órden físico, ó esos actos extraordinarios en la region moral, que todos han nacido en el conflicto del dolor, en las angustias del peligro, á veces al contacto de la muerte misma; ninguno, en el descanso de la vida regalada, en el reposo de la abundancia, en el letargo del placer satisfecho.

Por eso no extrañéis, Señores, que las invenciones de la guerra hayan precedido en tantos años á las de la industria; ni que haya rodado ántes un carro de combate, que una carreta de labranza: que cuando apenas sabían construir una choza, fortificasen, como una ciudad, el campamento de una noche; que el mismo guerrero, que no tenía un lecho cómodo en que recostarse, ni un sillón decente en su cámara, revistiera sobre su caballo de batalla una prodigiosa armadura, maravilla de arte y de trabajo; y que siglos ántes de empujar un carruaje ó un navío á impulsos del vapor, se inventara el medio de arrebatar con explosion de pólvora una bala de hierro, á través de los muros ó de las columnas enemigas. Y es que las invenciones de la guerra nacen entre la sangre, entre el dolor, entre la exaltacion de los inauditos peligros, y siempre irán más allá que los pacíficos métodos de cultivo, y que las ocupaciones, más sedentárias, de la industria.

Pero hoy la industria tambien es guerra,—me diréis:

—Tambien tiene ejércitos de grandes masas: tambien tiene escaseces, y epidemias, y sitios, y bloquéos, y mortandades horribles. ¡Tambien! ¡tambien!... Por eso ved cómo avanza; por eso todos los dias inventa máquinas de produccion, que son como proyectiles de guerra; por eso descubre diariamente nuevos é ingeniosos métodos, que son como estratagemas de campaña; por eso tiene ya en sus manos el vapor, la electricidad, el galvanismo: sí; por eso tiene ya su artillería.

IV.

Esta reflexion, Señores, que como otras muchas, podrá parecer una mera declamacion, tal vez un adorno oratorio para amenizar la aridez de estas materias; nos podría, sin embargo, conducir á un campo de consideraciones, que por muy nuevas y extrañas que os parecieran, veriais que no eran ni estériles, ni perdidas para el objeto general de mi trabajo y de mis explicaciones, aunque os parecieran un episodio, ó un extravío de la cuestion que en este momento debatimos.

La actividad que dan á la industria y á la inteligencia humana la presencia del peligro, la enseñanza del dolor, el hábito de la fatiga, podía llevarnos á observaciones de la mayor transcendencia, sobre la situacion y porvenir de las sociedades européas, y sobre las condiciones necesarias para la prosperidad de los pueblos; y tal vez á desvanecer algunas preocupaciones muy generales de la época presente, algunas ilusiones de los que consideran siempre los fenómenos sociales por sus últimos resul-

tados materiales, físicos y más aparentes, sin detenerse en las causas eficientes y más ocultas, que residen en las fuerzas y en los principios morales.

Pero aquí creo conveniente anticiparme una objecion. Porque algunos acaso podrian decirnos, que segun nuestros principios, las naciones más necesitadas y más combatidas serian las más industriosas y aplicadas; las más pacíficas y las más prósperas, las ménos activas é industriosas; los tiempos de más riqueza y de más adelanto, los de guerra, de temores y de peligros; y los de bienandanza y calma, épocas de estancacion y decadencia y retroceso.

Y como corolario de ésta deduccion, si hubiéramos de venir á parar en ella, nos citarían los ejemplos, tan visibles de la civilizacion del presente siglo, el espectáculo extraordinario de la Francia y de la Inglaterra, nunca elevadas á mayor altura de prosperidad industrial, y de riqueza y de trabajo inteligente y productivo, que despues de la terminacion de aquellas grandes guerras y violentos trastornos, que ensangrentaron y conmovieron á la Europa en los primeros años del siglo presente; nunca más activas ni emprendedoras que á la sombra de esa paz, que quiere conservar á toda costa el interés mercantil, industrial y explotador de esos dos grandes centros de la actividad européa. Nos citarían además el singular fenómeno de la poblacion anglo-americana, ofreciendo al mundo un ejemplo de maravilloso desarrollo, cual no lo presentan los anales de ninguna otra colonizacion, de ningun otro pueblo del mundo.

Sin embargo, Señores, ¡cuánto no se ocurre á la imaginacion del hombre pensador, cuando reflexiona un poco sobre la singularidad misma de los hechos que se nos señalan; y que precisamente la época más espléndida de es-

tos dos pueblos, sea la que sigue inmediatamente á sus grandes guerras y á sus grandes peligros! Se nos habla solamente de la actividad de la raza anglo-sajona; yo por mi parte no la desconozco, ni hay nadie que dé más importancia que yo,—así en la historia pasada, como en los hechos contemporáneos,—á la condicion de las razas, que es á mis ojos como la edad, el carácter y el temperamento de las sociedades.

Pero ¿no era la misma raza, y aún más cercana á su origen, en los calamitosos tiempos de Enrique VIII, de Jacobo II, de Cárlos I, y aún más modernamente en las vergonzosas administraciones de los Walpole y de la Cábala? ¿De dónde viene, Señores, ese nuevo vigor de carácter, ese rejuvenecido ardimiento, esa actividad expansiva y devoradora que quiere asimilarse todo el mundo; esa inteligencia siempre despierta, ese instinto profundamente calculador, ese admirable buen sentido por una parte, y por otra, esa romancesca y aventurera osadía, que les hace no ver imposibles en empresa alguna, ora se trate de llevar calles magníficas por debajo de los rios caudalosos, ora de arrastrar centenares de vagones por encima de los techos de las ciudades, ora de llevar el pensamiento en minutos á través del Atlántico, ora de atravesar éste en ocho dias en buques, grandes como magníficos palacios? ¿De dónde ha venido ese hervor de actividad, esa sed de creacion, esa confianza en su voluntad y ese desprecio del riesgo y de los obstáculos? ¿De dónde, Señores?—De la paz, me direis, de la seguridad, del deseo de gozar.

—¿Y porqué no de la guerra y de la costumbre de padecer, y de la conquista de la India, y de las expediciones desesperadas y penosas á los dos polos, y al Senegal,

y á los horribles mares de la Australia? ¿Porqué no de sus titánicos esfuerzos contra Napoleon, y de sus temores y peligros durante tantos años, y de la sangre derramada en Trafalgar, en el Nilo, en la Península y en el tremendo duelo á muerte de Waterloo? ¿Sabeis qué educacion y qué aprendizaje han tenido todos esos ancianos estadistas de su Cámara alta, todos esos negociantes de su banca poderosa, todos esos industriales y capitalistas de sus formidables talleres, todos esos ingenieros de sus ferro-carriles, de sus aéreos viaductos, de sus puentes tubulares, de su poderosa maquinaria?

El cañon de todos los campos de batalla del mundo; la muerte, el trabajo y el sufrimiento bajo todas las formas horribles de que se reviste sobre la tierra; la inclemencia del cielo en todas las zonas; al aire libre de los campamentos y de los viajes temerarios; los naufragios y penalidades de esos expedicionarios, á quienes no asustan la muerte de Cook, ni el ignorado desastre de Franklin, y la ruda juventud que pasa el hombre para abrirse carrera y *ganar su vida*, desde el aventurero plebeyo, que va á la India ó al Canadá á arrostrar las más duras fatigas, hasta el jóven aristócrata que va á mandar su compañía en las calenturientas márgenes del Ganges, ó en los páramos helados que devastan los vientos del Thibet ó del Himalaya.

¡Ah! Vosotros no veis á ese pueblo sinó en su isla, en su retiro, en el lugar de su paz, de su descanso, de su fortuna; en el paraíso á donde no vuelven sinó los escogidos, y á donde vienen á depositar, al fin de sus trabajos, todo el fruto de su penosa vida. Y no mirais que cada vara de tierra de aquel jardin, y cada parterre de aquellas flores, y cada bomba de aquellas manufacturas, y

cada braza de aquellos carriles, y cada plato y cada copa de aquellos espléndidos festines, representa el duelo de Waterloo, y los desastres de Caboul, y las noches heladas del Cabo de Hornos y de la bahía de Hudson, y los ardores de la Arabia, y las fiebres del Senegal, y la peléa de todas las razas, y la lucha á brazo partido con todos los elementos; que cada hora de esos placeres, y cada una de esas glorias, se ha comprado con el dolor diario de millares de existencias, con el sufrimiento de millones de privaciones y martirios, con la inminencia cotidiana de otros tantos riesgos de muerte, con el desprendimiento habitual y desdeñoso de la vida.

Esa, Señores, es la muelle paz, que dá á la Inglaterra su riqueza, que ha templado tan enérgicamente los muelles de su carácter, y que ha dado tan gigantesco vuelo á su trabajo. Napoleon, la India y la América fueron sus escuelas: en la América Septentrional, luchó con una naturaleza llena de mil riesgos, y cuya virginidad poderosa ofrecía obstáculos sobrehumanos á la actividad del hombre: con la Francia de nuestros dias, con la Francia revolucionaria, sangrienta, ébria, atormentada y belicosa, atravesó en constante peligro, y arma al brazo, los dias de nuestros padres. Aquella actividad, aquella gloria, aquella sangre, aquella tormenta de treinta años, fué seguida de treinta años de prosperidad, de fausto, de industria, de vida, de trabajo productivo.

Pero vedla ahora, Señores; mirad con ojos atentos á la Europa. El dia que no tenga miedo á la guerra, y que el movimiento de aquella tremenda sacudida se haya apagado en otra generacion, veréis lo que será el trabajo de la tranquilidad profunda del ocio y de las dulzuras de la paz; de la ausencia de todo peligro para las sociedades y

de toda eventualidad de ruina para los intereses. Veréis, sí, veréis en mayor escala los resultados de la paz y de la riqueza del Imperio Romano, cuando le invadieron los bárbaros, y le prostituyeron los Emperadores. Veréis el resultado de la paz y riqueza de los españoles, cuando los godos se corrompieron en nuestro opulento suelo. Veréis, en fin, la pobreza de la degradacion llenar de asombro á los que sólo creían en la pobreza de la guerra; y tocaréis en suma, cómo puede ser verdad, apreciada en resultados materiales, y en ventajas positivas, ésta proposicion, que me atrevo á lanzar enmedio del miedo, del egoismo, y de las preocupaciones de este *Bajo Imperio* que nos rodea: «La paz á toda costa, es la barbárie á toda prisa.»

Pero me he dejado llevar, Señores, á proferir una proposicion, que sin otras explicaciones y correctivos, pudiera parecer aventurada ó peligrosa, sólo para manifestaros por una parte cómo en las cuestiones económicas, y que parecen solamente de interés material, puede entrar por mucho la consideracion de las causas y de los principios morales, á que,—por lo comun,—se dá poca importancia en esta clase de cuestiones, casi siempre tratadas aritmética ó mecánicamente.

Aspiraba también á indicaros, por otra parte, que hasta considerado el trabajo colectivamente, y en la extension de la actividad de un siglo, y de una sociedad, no está exento de la ley general, que le ha hecho inseparable del dolor y del sufrimiento; para manifestaros que la fantasía humana puede crearse sin duda un ideal de reposo, de bienestar y de placeres, que tenga en la imaginacion aquel encanto y hermosura con que naturalmente convidan el deleite y el regalo; pero esa, Señores, no es la belleza del sentimiento humano, ni la grandeza de

nuestra especie, ni la ley del mundo, ni el designio de Dios.

Esa, repito, podrá ser la belleza epicúrea; la belleza poética; de seguro, no es la verdad ni la belleza moral.

Hay algo en nosotros que nos dice, y todo en derredor y como en coro, nos responde, que lo bello, lo grande, lo noble, lo fecundo, hasta lo útil, es esfuerzo, es lucha, es combate; y que sufrir, padecer, luchar, es el fondo de grandeza, de hermosura, de verdad de todos los sentimientos, de todas las acciones, de todos los progresos, de todas las creaciones del hombre y de la humanidad.

Lucha y dolor, Señores, es no sólo el heroísmo, sinó la virtud; preguntádselo á los que quieren ser hombres de bien: lucha y dolor, Señores, es la ciencia; preguntad á los sábios: lucha y dolor es la produccion de la riqueza; preguntádselo no á los que la disfrutan, sinó á los que la crean: lucha y dolor es la creacion, la expresion, la imitacion de la belleza; preguntadlo á los artistas. Lucha y dolor es gobernar á los hombres; que os respondan Moises y Solon; Alfonso el Sábido y Cisneros; Richelieu y Luis Felipe; Cromwell y Pitt: lucha y dolor es la gloria; demandadlo á las sombras de César, de Carlos V y Napoleon: lucha y dolor es el amor y los sentimientos domésticos; consultadlo con todos los corazones tiernos, con todos los honrados y amantes Padres de familia: lucha y dolor es el trabajo; lucha y dolor es ganar la vida: lucha y dolor, Señores, el ganar el cielo. *Regnum celorum vim patitur, et violenti rapiunt illud*, ha dicho la Verdad Eterna: El reino de los cielos padece violencia; y los que se hacen violencia, se alzan con él.

El cielo no está aquí: ni él, ni la vida, ó á lo ménos la prolongacion de la vida, se nos dan gratis. Y ¡porqué

hemos de creer que se nos había de dar la felicidad sin sudor y sin sangre, cuando vemos que no es dado á la recién nacida criatura vivir un minuto de existencia sobre la tierra, sin llanto y sin dolor?

V.

Pero, "á lo ménos, la seguridad,"—me dirán los que se asusten ó se extrañen de la aparente amargura y desconsuelo de mis doctrinas,—"á lo ménos la certeza de que la lucha y el dolor, el sufrimiento y el trabajo han de tener una recompensa....."—Ah, Señores!: que no hay esa recompensa tampoco!

Yo la he buscado tambien con afan, y con esperanza; pero no he encontrado más que la misma ley de la vida física, repitiéndose inexorablemente en la existencia moral y en la existencia económica; la incertidumbre de nuestros dias, por mucho que nos preservemos; la incertidumbre de nuestro sustento y de nuestro producto, por mucho que trabajemos. La sociedad y la civilizacion pueden llegar, como la higiene, á aumentar la probabilidad, á disminuir el número de las contingencias desgraciadas, de las eventualidades desastrosas; pero estad seguros de que todas las combinaciones de la filosofía y de la política, no serán capaces de impedir que el hombre vea malogrado en un dia el fruto de sus afanes; como las prescripciones de la medicina jamás alcanzarán á evitar que la más vigorosa existencia no pueda caer en un segundo, tocada por el rayo del cielo, ó por la explosion interna de la electricidad de su propio cerebro.

Desde que es preciso lucha y combate, Señores, claro es que es necesaria,—cuando ménos,—la duda; porque, por mucha fé que tengan los hombres en la superioridad de su valor, y en la santidad de su causa, nadie peléa con esfuerzo estando seguro de la victoria, y aún más desesperadamente se combate, cuando no se está cierto de la retirada. Por lo que se tiene por seguro y necesario, no se combate ni se trabaja: lo que ha de suceder irremediabilmente, se olvida: por eso nos olvidamos de la muerte: por eso nos olvidamos de los muertos. Lo que ha de suceder infaliblemente no se espera siquiera.

Dad al hombre la seguridad absoluta del día de mañana. ¿Sabéis lo que le quitais? El más grande de los bienes de este mundo, el más santo de los consuelos de la humanidad, el alimento más fuerte, y el aire más vital de su corazón; el placer de la esperanza, que nunca es la certeza; de la esperanza, que siempre es el afán y el recelo; de la esperanza, que nunca puede ser de la dicha y de la fortuna, del logro ó de la posesion, sin que haya probabilidades, ó cuando ménos, contingencias de desgracia y de miseria, de pérdida ó de desventura; de esa esperanza, que hace que el hombre deba dar gracias á la Providencia por el bien que conquista; de esa esperanza y de esa incertidumbre, Señores, que ha santificado la Divina Palabra, cuando al enseñar á los hombres lo que debian pedirle, puso en su boca esta peticion, que resume toda la filosofía económica, y que anonada ella sola toda la utopía antisocial: EL PAN NUESTRO DE CADA DIA, DÁNOSLE HOY.

El Divino Maestro de los hombres santificó en ésta oracion sublime el cuidado que aqueja eternamente al hombre por su diario sustento. En esta oracion, donde

el hombre no pide al cielo la vida, sinó, despues de ella, el reino de Dios, tiene que demandarle todas las mañanas el pan de cada dia. Siempre, Señores, siempre encontraréis al Evangelio elevado sobre todas las teorías de la ciencia; porque el Evangelio está fundado sobre la ciencia eterna de la verdad y de la moral, y sobre el conocimiento profundo y divino de la condicion nativa del corazón humano, por el mismo que le hizo, y sabe medir sus abismos, y profundizar sus misterios.

Nuestros contemporáneos han querido redimir de nuevo á la humanidad: han querido predicar un nuevo Evangelio; han querido formular un nuevo *Padre nuestro*: han protestado contra ese pesado yugo del temor diario de la subsistencia, y ántes de llegar á la realizacion de ese sueño generoso de la riqueza universal, han procurado asegurar la existencia de las masas, ó por mejor decir, la subsistencia de los individuos, organizando una sociedad, en la cual el más desvalido y mísero de los hombres tenga garantizado el derecho de obtener un mínimo de subsistencia.

El pensamiento no es nuevo, Señores. El socialismo antiguo había tenido la misma pretension: había querido asegurar el trabajo y la subsistencia de los trabajadores; y al arrebatarles la independencia de sus acciones y la disposicion de sus medios, les había indemnizado ampliamente, apartando de su ánimo el cuidado y la inquietud de su subsistencia.

Pero ¿no recordais, Señores, cómo se llamaba, y qué era en resúmen aquella humanísima y filantrópica organizacion? Todos lo sabeis: era y se llamaba *la esclavitud*.

De cierto, el trabajador esclavo no vivía estrictamente del fruto de su trabajo; pero los frutos de su trabajo ó de

su inteligencia, no eran suyos jamás. Nunca podía faltarle lo estrictamente necesario; pero jamás llegaría á tener sobrante: no tenía miedo de ser pobre: era bestia de carga, ó animal doméstico. No se despertaba con la inquietud de que el hambre pusiera término á sus dias; pero su amo se había encargado de poderle echar por pasto á los peces de sus estanques. No tenía ciertamente la sociedad el miedo de que á aquellos desventurados les faltase la pobre pitanza que los igualaba con las otras reses pecuarias de sus ciudadanos; pero en cambio el trabajo del esclavo no sostenía los consumos del pueblo, ni fecundaba el capital social, ni adelantaba en una sola línea la industria, ni hacía ese fondo de actividad, prosperidad y movimiento, que distingue á las sociedades libres.

El trabajo del esclavo no constituía una riqueza progresiva: el trabajo de la esclavitud no era productivo siquiera. La sociedad, en aquella condicion y en aquel régimen, no vivía del trabajo, no vivía de la industria: la industria y el trabajo habían perecido; y se habían esterilizado, bajo el influjo de aquella indolencia servil del hombre á quien falta la responsabilidad de sus propias acciones, y de la certidumbre de una multitud, á la cual se hacían distribuciones gratuitas de pan en la plaza pública.

Roma no pudo vivir de ese trabajo. Una ciudad sola era, y no pudo subsistir del trabajo y de la agricultura de una de las comarcas más favorecidas del mundo. Su trabajo, su subsistencia, su capital, su industria, su verdadera produccion fué la guerra; la guerra, que bajo el aspecto económico, era la expoliacion y el robo. Pero hay que notar, Señores, que la guerra se hacía bajo un régimen distinto de la organizacion interior de la sociedad romana. En la guerra había disciplina; pero no había es-

clavitud: al ejército iban los proletarios; pero no iban los esclavos: en la guerra había incertidumbre y peligros; pero los pobres de la plaza pública podían volver cargados de botin, y los veteranos de los conquistadores venían á repartirse las tierras y posesiones del labrador pacífico.

Y todo esto no bastó, Señores, en aquella organizacion monstruosa y violenta. Un mundo entero no bastaba para subvenir á la subsistencia de una ciudad ociosa, y para los consumos de una muchedumbre esclava. Fue preciso robar más, conquistar más.... y la esclavitud entró tambien en los ejércitos. Los esclavos fueron tambien soldados: los soldados entraron en la condicion del esclavo y del ocioso. Y entónces, Señores, se acabó el Imperio romano: entónces el oro del mundo no bastó para alimentar aquellas turbas famélicas y degradadas. Habían empezado por vender su libertad personal: siguieron por vender sus votos y sus magistraturas: luego, vendieron por oro sus libertades y sus derechos políticos: luego, pusieron á pública subasta el Imperio, y el mando de las legiones, y concluyeron por otorgar el cetro del universo á los que les ofrecían un pan al dia y una representacion en el circo todos los meses.

Entónces, sobre aquel mundo de ociosos y de esclavos, vino el fuego del cielo, el de Sodoma y Gomorra. La espada de Alarico y el caballo de Atila hicieron justicia de aquella sociedad y de aquella organizacion; y la Palabra divina no tuvo más que ennoblecer el trabajo, y restituir al esclavo á la dignidad de hombre, para renovar el mundo, y echar los cimientos de la nueva faz de las naciones modernas.

Desde que supo el hombre que podía matarle la miseria todos los dias, pero que ya no tenía un amo que

podiera darle una cruz por lecho, ó el charco de las murenas por caja de ahorros, las condiciones de la humanidad, Señores, se han ennoblecido, las seguridades del trabajo han crecido en una proporción prodigiosa, y la condición del individuo, sinó ha podido hacer frente á la necesidad de vivir, y al riesgo de perecer,—que es su ley providencial sobre la tierra,—ha adquirido la confianza de que le es dado combatir las con su fuerza, con su actividad, con su energía, con su parsimonia, con su templanza, con su virtud. Y en este combate, ha podido esperar del cielo la victoria, ó soportar resignadamente la desgracia, como esperar tranquilo y humilde la dolencia ó el golpe de la muerte.

La humanidad ha conservado una memoria tan horrible de aquellos tiempos, en que por huir la aparente tiranía de las leyes de la creación, habia librado la subsistencia de sus hijos en el capricho y el cuidado de otros hombres, que ha quedado en sus entrañas una horripilación instintiva á todo lo que sea abjurar el cuidado penoso de sus días, por el dominio de sus brazos y por el señorío de sus acciones. El minimum de subsistencia, á costa de la esclavitud, no le quiere; y sin embargo, Señores, ved si los socialistas modernos, ved si los reformadores le dejan la libertad.

No, Señores; lo que cambia es el nombre y la índole de la tiranía. El dueño de esos nuevos esclavos no se llama Vitelio, no se llama Caton, no se llama Luculo; no se llama sinó la SOCIEDAD: la sociedad, Señores..... la sociedad, que tantas veces se ha llamado Neron y Calígula!

Pero el tiempo ha pasado en demasía, y la cuestión de la libertad del trabajo bien merece mayor detenimiento que las apresuradas frases de mi fatiga y de vuestro cansancio.

LECCION DÉCIMA.

COMPARACION

DE LA ESCLAVITUD Y LA LIBERTAD DE LOS PUEBLOS
CON LA INFANCIA Y LA MADUREZ EN LOS INDIVIDUOS.

I.

Hay, Señores, en la vida humana, una edad de dolor, de necesidades, de flaqueza y de impotencia, en que el hombre perecería sin los cuidados maternos; y en la cual gran número de las humanas criaturas perezce efectivamente, á pesar de ellos. Esta edad es la infancia. Hay otra época de más vigor, pero de mayores necesidades, de más grandes obligaciones, de más sérios cuidados, de más penosos padecimientos, de pasiones, de infortunios, de peligros y de trabajos. Este período es la edad adulta.

Hay en la vida de los pueblos una condición mísera y abyecta, degradada y envilecida, menesterosa y atormentada, que se llama esclavitud. Hay otra condición más noble, más elevada, más digna; pero penosa todavía, llena de cuidados, de afanes, de tribulaciones, de peligros, de deberes, de esperanzas, de alternativas, de contratiempos y de inquietudes, que se llama libertad. La una es la infancia, la otra es la edad adulta de las sociedades. La ambición, la esperanza, el ideal, la ventura del niño, no es ser feliz; es ser crecido, ser hombre. La esperanza, el afán, la aspiración eterna de la humanidad